



Un Mediterráneo plural

Las viejas medinas como necesidad

CUENTA ABDALLAH HAMMOUDI, ANTROPÓLOGO marroquí que profesa en Princeton, en su obra *Une saison à la Mecque* (2005), su experiencia de peregrino en la ciudad santa del islam. Hammoudi se fue a La Meca, tras una larga y tortuosa espera para entrar en el cupo de peregrinos marroquíes, limpio de corazón, o sea sin ninguna prevención a favor o en contra de la religión de sus ancestros, según su confesión. En tanto ciudadano de un país de cultura musulmana, más que como antropólogo, quería experimentar el *hajj*, momento trascendental para todos los musulmanes creyentes, sin eludir por su parte ni siquiera la incredulidad. Durante el *hajj* la incredulidad de Hammoudi aumentó, no tanto a favor o en contra de la fe religiosa, como por un hecho aparente insignificante que se le vino a los ojos. Preguntó nuestro antropólogo a unos transeúntes en La Meca dónde estaba la "old city" y le indicaron que se encontraba detrás de una autovía. Allí se encaminó, y cuál fue su asombro cuando encontró en lugar de la medina deseada un barrio lo más parecido posible a un *bidonville*, donde habitaban los trabajadores de diversas nacionalidades que nutrían a diario de mano de obra a los saudíes. Decepcionado volvió a insistir, pensando que se trataba de un malentendido. Esta vez preguntó insistentemente por la "medina", y le indicaron un conjunto de edificios modernos, algunos casi rascacielos. Desconcertado, como buen marroquí, cayó en la cuenta de que la medina ha desaparecido del entorno wahabita. Para él lo más natural era indagar por las medinas, ya que incluso en ciudades modernas como Kenitra, finalmente ha triunfando el abigarramiento de la ciudad vieja ¿Quién podría concebir la vida social en el Magreb sin esas medinas?

Una de las ilusiones de todo campesino que llegaba a la medina a buscarse la vida era poder tener algún día un puestecito lo más cercano a la alcaicería y la mezquita aljama. Aún hoy día, a pesar de las grandes superficies comerciales que atraen a unas nuevas clases medinas, las medinas siguen siendo el epicentro de la vida popular magrebí. En época colonial se las protegió conscientemente, distanciándolas de las ciudades nuevas de trazado europeo, e incluso interponiendo entre unas y otras terrenos no edificados. Hace pocos años estos espacios interpuestos han comenzado a ser ocupados por complejos hoteleros y comerciales, contraviniendo las leyes de protección del patrimonio, lo que constituye una amenaza crecien-

te a la existencia de la medina, sobre todo porque se alzan como una competencia económica implacable para sus comerciantes y artesanos. El caso de Fez es clarificador: primero apareció estratégicamente el McDonald de turno donde acababa la ciudad nueva y comenzada el terreno de nadie, y ahora tenemos un complejo hostelero-comercial al lado, ocupando tierras hasta hace poco prohibidas para la construcción. Otras medinas, como la de Marrakech, han tenido peor suerte: se han gentrificado, como le llaman los sociólogos, es decir han sido ocupadas progresivamente por diletantes adinerados, generalmente de origen occidental, que progresivamente han desnaturalizado su vida popular.

A la caída de la tarde cuando se contempla desde las alturas de las "tumbas merinés" de Fez su abigarrada medina, la más extensa del mundo islámico, según dicen, y se oyen lejanas las llamadas de los almuedanos a la oración, al visitante le embarga la profunda sensación de estar ante lo irrepetible: el sentimiento de nostalgia que como una bruma emana del laberinto urbano, y que de manera tan perfecta supo recoger el orientalista Pierre Loti en su *Au Maroc*. La medina significa un estilo de vida, de rumor público, de relación comercial, de convivencia vecinal, de resistencia política incluso.

Así la reflejaron también obras literarias marroquíes como el vivificante relato *Au fond de la jarre* de Abdelatif Láabi. Pensemos que incluso en la muy castigada Argel, la casba era considerada el lugar más misterioso del mundo en los años treinta cuando el cineasta Julian Duvivier rodó allí su película *Pépé le Moko*, una historia de amores y delincuencia en la atmósfera cargada de la vieja ciudad. Cuando treinta y tantos años después Gillo Pontecorvo hizo lo mismo para rodar en la casba *La bataille d'Alger*, la célebre historia de la resistencia argelina frente a los franceses, en el fondo estaba homenajando este estilo de vida singular. La medina, y la casba por extensión, se alzan como lugares plenos de actualidad. No cabe pensar que algún día desaparezcan. Hay que cuidarlas y mirarlas patrimonialmente, pero sobre todo debe evitarse su vaciamiento humano. De ocurrir esto acabarían convertidas en un lugar cualquiera -un non lieu, como las salas de los aeropuertos-, para deleite de turistas sin criterio y de diletantes aquejados de la depresión de los satisfechos. De ahí la necesidad vital de las medinas. ■

*Catedrático de antropología social de la Universidad de Granada